

SULTÁN ALPARSLAN

El camino que se abrió en Manzikert



Joylino

SULTÁN ALPARSLAN

El camino que se abrió en Manzikert

El pequeño Alparslan sujetó el arco con ambas manos. Miró el blanco, contuvo la respiración y soltó la flecha. Pasó junto al blanco y se clavó en la tierra. Frunció el ceño y buscó otra flecha. Su padre, Çağrı Bey, le puso una mano en el hombro. «No tengas prisa», le dijo. «Primero piensa en qué te has equivocado».

Esta vez, Alparslan apoyó los pies con más firmeza. Levantó el arco y esperó un momento. Cuando la segunda flecha dio en el blanco, una enorme sonrisa iluminó su rostro. Aún era un niño. Nada sabía de las batallas que ganaría ni del país que gobernaría. Su alegría de aquel día era, sencillamente, la de haber logrado algo con atención y esfuerzo.



Pasaron los años. El pequeño arco de su infancia dio paso a otro más grande. Alparslan recorría largos caminos a caballo y asumía tareas junto a su padre. Cuando Çağrı Bey enfermó, le confió parte de sus responsabilidades. Ahora le esperaban problemas mucho más difíciles que acertar en un blanco.

Para que un ejército pudiera ponerse en marcha, los caballos debían descansar, había que preparar comida para los soldados y conocer los caminos. El joven Alparslan escuchó a los jefes más experimentados, tomó decisiones y afrontó dificultades. Poco a poco, la gente empezó a confiar en él. Su nombre, «Alp Arslan», significaba «león valiente». Y, con su valor, fue convirtiéndose en un gran jefe militar digno de aquel nombre.



Tras duras luchas, Alparslan se convirtió en sultán del Gran Imperio selyúcida. A su lado estaba su sabio visir, Nizam al-Mulk, que lo ayudaba a gobernar. Cada día surgía un asunto nuevo: las necesidades de una ciudad, la seguridad de un camino, noticias de tierras lejanas...

Se cuenta que, un día, en Nishapur, encontraron a personas que querían estudiar, pero tenían pocos recursos. Nizam al-Mulk propuso construir un lugar donde pudieran aprender y alojarse. Alparslan apoyó la idea. Con el tiempo se abrieron escuelas llamadas madrasas Nizamiyya. Mientras fortalecía su ejército, el sultán también ayudaba a abrir más puertas para que los estudiantes pudieran abrir sus libros.



En 1071, mientras Alparslan estaba en una campaña en el sur, llegó una noticia importante. El emperador bizantino Romano Diógenes avanzaba hacia el este con un gran ejército. La larga lucha entre selyúcidas y bizantinos podía convertirse ahora en un enfrentamiento mucho mayor.

La noticia cambió el rumbo del ejército. Se recogieron las tiendas, se ataron las cargas y se prepararon los caballos. Alparslan puso rumbo al norte. Le esperaban largos caminos y decisiones que debía tomar con rapidez. Los mensajeros iban y venían; los jefes militares terminaban los preparativos. Mientras avanzaba al frente de sus soldados, el sultán sentía el peso de lo que se acercaba. Al final del camino había un lugar cuyo nombre se recordaría durante siglos: Manzikert.



Cerca de Manzikert, los dos ejércitos se aproximaron. El polvo se levantaba en la llanura y los centinelas vigilaban desde las colinas. Alparslan examinó el terreno con sus jefes militares. Hablaron de dónde esperar y cómo moverse. En un día así, hasta el menor descuido podía tener graves consecuencias.

El sultán envió una delegación al emperador. Quizá las conversaciones permitieran llegar a un acuerdo. Pero los enviados regresaron sin el resultado esperado. Ahora había que terminar los preparativos para la batalla. Al caer la tarde, los soldados volvieron junto a sus caballos. Nadie sabía qué ocurriría al día siguiente. En medio de aquella incertidumbre, Alparslan debía mantener unido a su ejército.



Era viernes, 26 de agosto de 1071. Mientras desaparecía el frescor de la mañana, los preparativos continuaban en el campamento. Se revisaron las sillas de montar y los soldados ocuparon sus puestos. Alparslan habló por última vez con sus jefes militares. Después, rezó con sus soldados e hicieron súplicas a Dios.

Los antiguos relatos históricos cuentan que aquel día se presentó ante sus hombres vestido de blanco. El sultán estaría a su lado en la lucha. Al verlo, los soldados prestaron atención. Estaban en la misma llanura y compartían el mismo peligro. Poco después, todos recogieron las riendas. Alparslan ocupó su lugar al frente del ejército. La espera había terminado.



El sonido de los cascos se extendió por la llanura. Los jinetes selyúcidas se movían con rapidez y los soldados bizantinos avanzaban. No era fácil verlo todo entre el polvo. Había que seguir las señales de los jefes y no separarse de los compañeros.

Al cabo de un tiempo, las tropas selyúcidas comenzaron a retirarse. Pero aquel movimiento formaba parte del plan de Alparslan. Al seguirlas, las fuerzas bizantinas tuvieron dificultades para mantener el orden. Entonces, los jinetes selyúcidas volvieron a cambiar de dirección y otras tropas entraron en acción por los lados. El movimiento iniciado en un extremo de la llanura llegó hasta el otro. Con sus veloces jinetes y eligiendo el momento adecuado, Alparslan estaba cambiando el curso de la batalla.



A medida que avanzaba el día, el ejército bizantino perdió el orden. Sus unidades se separaron y las órdenes ya no llegaban a todos. El ejército de Alparslan tomó la ventaja. Al caer la tarde, el resultado estaba claro: los selyúcidas habían conseguido una gran victoria.

El emperador Romano Diógenes también había sido capturado. Mientras la noticia corría entre los soldados, se oían voces de alegría. Pero había sido un día duro: en ambos bandos había muertos y heridos. Cuando el polvo empezó a disiparse sobre la llanura, Alparslan tenía una nueva decisión por delante. El emperador que había combatido contra él estaba ahora en sus manos. ¿Cómo lo trataría?



Esta vez, los dos gobernantes se encontraron para hablar, lejos del combate. El emperador que había dirigido a sus tropas por la mañana era ahora un prisionero. Alparslan, en cambio, tenía la fuerza que le daba haber conseguido una gran victoria.

El sultán recibió a Romano Diógenes con el respeto debido a un gobernante. Durante días hablaron de las condiciones de paz. Finalmente, llegaron a un acuerdo. Alparslan dejó libre al emperador y le dio una escolta para acompañarlo en el viaje. Así, a su capacidad para dirigir en Manzikert se sumó la moderación que mostró después de vencer. Quienes escribieran sobre él también contarían aquel encuentro muchos años después.



Los mensajeros que partieron de Manzikert llevaron la noticia de la victoria a ciudades lejanas. Alparslan ya era reconocido como uno de los grandes jefes militares de su época. Pero el futuro de Anatolia no cambiaría en un solo día. En los años siguientes, más turcos se asentaron en aquellas tierras y surgieron nuevas poblaciones y estados.

Alparslan no vivió lo suficiente para ver todo lo que ocurriría. Al año siguiente, durante una campaña en el este, resultó gravemente herido en un ataque y murió en 1072. Su hijo Malik Shah lo sucedió. La vida del sultán había terminado, pero las consecuencias de su victoria en Manzikert continuarían mucho tiempo después.



Años después, otros viajeros recorrieron los caminos de Anatolia. Llevaban a sus hijos, sus pertenencias y sus rebaños. Unos se detuvieron en una llanura; otros empezaron una nueva vida cerca de una ciudad. En los telares se tejían telas, en los campos se sembraban semillas y en las casas crecían niños. Nuevas historias se sumaron a la larga historia de Anatolia.

Por eso se dice que Manzikert fue «el lugar donde se abrieron las puertas de Anatolia». No eran enormes puertas de hierro. Era un viaje que comenzó tras una victoria y continuó durante generaciones. Y uno de sus grandes protagonistas fue Alparslan, aquel niño que había aprendido a sujetar su arco con paciencia.

En Manzikert se ganó un día. Su huella perduró durante siglos.

